



BIOGRAFÍA DE UNA BANQUETA

Ángel Pingarrón Fernández



BIOGRAFÍA DE UNA BANQUETA

Hacía frío por aquellos días de enero de 1940 y la taberna de mi abuelo Paco, (hoy bar Plaza), era refugio de algunos de los transeúntes que iban y venían por la calle de Madrid.

Entre los parroquianos del establecimiento había algunos reclusos que cumplían pena en régimen abierto y realizaban trabajos para redimir la pena impuesta por su participación de alguna manera en “el bando equivocado” de nuestra indeseable guerra civil.

Antonio, uno de los asiduos parroquianos de mi abuelo, que cumplía una de esas penas trabajando en la carpintería de los Escolapios, se quejaba sin cesar de tener que sujetar continuamente la barra de la taberna y, mientras degustaba su chato de tinto peleón, le reprochaba una y otra vez que no tuviera ni una mísera silla donde sentarse y descansar un poco de la faena.

Era tal su obsesión por el asunto que una de estas ocasiones le propuso a mi abuelo fabricarle unas banquetas en la carpintería de los Escolapios, -Señor Paco, si usted quiere yo le hago unas banquetas de madera con cuatro retales-, a lo que mi abuelo asintió, eso sí, sin darle más importancia que la que le merecían las habladerías de un borrachín, -que sí Antonio, que sí, que vale, que hagas las banquetas que quieras-.

El asunto quedó completamente olvidado, hasta que un buen día Antonio se presentó en la taberna con un colega, transportando tres banquetas cada uno, cumpliendo con aquella entrega, su parte en el olvidado contrato verbal.

¿Y cuánto te tengo que dar por las banquetas? preguntó mi abuelo Paco.

Pues no sé, contestó Antonio, si le parece a usted bien me las voy a cobrar en vino, yo iré consumiendo chatos y beberé gratis hasta que usted considere que ya están pagadas.

Y así, Antonio bebió chatos a cuenta de las dichosas banquetas durante algún tiempo hasta que redimió su pena y se marchó de Getafe.

No sé si porque el trabajo en la taberna era muy esclavo o porque no era muy rentable, el caso es que pronto mi abuelo dejó de ser tabernero, así que, clausurado el negocio, las banquetas acabaron en su casa de la calle de Pinto.

Como quiera que fuera, cuando mi padre se casó, una de esas banquetas acabó en nuestra casa y allí estaba cuando yo nací a finales de 1951, la vi sufrir los avatares y los abusos de todos los que nos subíamos encima para coger cualquier cosa que no se alcanzara con alargar el brazo.

Menos mal, que la pobre banqueta no tenía sentido del ridículo, pues, en su larga vida fue pintada de todos los colores, cada vez que en mi casa se sacaba la brocha para pintar algo, los restos de pintura acaban remozando la banqueta con una nueva capa.

Hubo un tiempo en que estuvo sentenciada a una pena algo mayor que la que cumplió su fabricante, concretamente la de morir en la hoguera, pero decidí indultarla de aquel horror y prometí guardarla para restaurarla cuando me jubilara y me aburriera, cosa que no ocurrió nunca, lo segundo digo.

Tres años después de jubilarme decidí cumplir mi promesa y me puse manos a la obra, la desmonté pieza por pieza y hasta siete capas de distintos colores le quité, amén de infinidad de clavos de todos los tamaños que le habían sido metidos a martillazos en sus entrañas cada vez que demostraba flaqueza y se tambaleaba.

El resultado luce hoy en mi casa, encolada y sin un solo clavo, como se muestra en las fotos.

La pobre banqueta sigue sirviendo para todo y para todos y mucho me temo que va a durar más que yo.





